

# SHOKUNIN

© primera edición (2017), David B. Gil

© segunda edición (2024), David B. Gil



Caligrafía de cubierta: © Natsuko Okazaki

*En la cultura japonesa, el shokunin es el artesano entregado por completo a su oficio, hasta el punto de sublimarlo a la categoría de arte.*

*Sabae, provincia de Echizen*  
*Año 3 de la Era Keicho (1598)*

El barrio del placer de Sabae era un sudario de miserias y bajas pasiones tendido a orillas del río Hino. Una extensión de apenas medio *ri*<sup>1</sup> en la que proliferaban cientos de hospederías, prostíbulos y casas de té que crecían como hongos ponzoñosos entre los callejones. Quizás pareciera un lugar impropio del maestro Ekei Inafune, médico de cámara del clan Shimizu, pero suscitaba su interés como ningún otro rincón del feudo. Médico errante en sus años de aprendizaje, el encorsetado protocolo de la corte del daimio lo hastiaba hasta el punto de hacerle añorar otras épocas más inciertas de su vida.

Esa noche, sin embargo, su visita al barrio rojo respondía a motivos que nada tenían que ver con sus paseos nocturnos. Un *dōshin*<sup>2</sup> de bajo rango había acudido a su consulta poco después de la puesta de sol: la guardia local necesitaba que examinara un cadáver hallado en un burdel, en circunstancias difíciles de esclarecer, según le explicaron. No era aquella la primera ocasión en que los agentes de justicia recurrían

---

<sup>1</sup> *Ri*: unidad de distancia equivalente a 3'9 km, aproximadamente.

<sup>2</sup> *Dōshin*: agente perteneciente a los antiguos cuerpos de justicia en el Japón feudal.

a él, y el médico solía atender sus requerimientos con interés, agradecido de cualquier distracción que lo aliviara de la rutina del castillo. Aunque, a decir verdad, nunca antes se le había convocado con tanta premura.

Así que ahora avanzaba entre el gentío, con el joven agente abriéndole paso a empellones. Y tras Ekei Inafune, la señora Tsukumo, su ayudante y farmacéutica: una anciana de carácter enérgico, dotada de una capacidad de observación y unos conocimientos botánicos que el médico valoraba en grado sumo. Solía asistirle cuando debía pasar consulta fuera de la residencia del daimio, y esa noche no había sido una excepción.

—El burdel se halla cerca del puente de Shiraoka —explicó el *dōshin* cuando alcanzaron el paseo ribereño—. Estamos cerca.

En la margen oeste del río se concentraban las casas de peor reputación, algo que el viajero despistado averiguaba al aproximarse a cualquiera de los tres puentes que cruzaban el Hino, pues contra las balaustradas se apoyaban prostitutas de aspecto famélico y rostros embadurnados en polvo de arroz, en un vano intento de disimular las marcas de la viruela y otras enfermedades. Solían acosar al visitante con caricias y zalamerías, tratando de arrastrarlo hacia algún lugar apartado. Aquella noche, sin embargo, las que flanqueaban el puente de Shiraoka mantuvieron la

compostura a la vista del agente de justicia, y se limitaron a observar en silencio a la apresurada compañía.

La casa que buscaban no se encontraba muy lejos del canal. Era la única rodeada por un muro de piedra y madera, lo que a primera vista la dotaba de cierta prestancia pese a que los tablones se hallaran hinchados por la humedad. Estos vedaban un jardín descuidado y de escasos secretos, pero que, de algún modo, confería al conjunto el encanto de épocas mejores. El maestro Inafune no pudo evitar la idea de que la casa era fiel reflejo de las flores que guardaba.

El agente junto a la puerta los saludó con vehemencia y les indicó con gesto marcial el camino que debían seguir. Cruzaron el jardín en dirección a la terraza donde los aguardaba, de rodillas sobre la tarima de madera, la encargada del local. La mujer, de edad similar a Tsukumo, los saludó tocando el suelo con la frente y les rogó que la acompañaran.

Se adentraron por pasillos de madera opacada por los pasos de los feligreses del mundo flotante<sup>3</sup>. Los tablones crujían bajo cada pisada y el aire exudaba un hedor lascivo, apenas disimulado por el incienso.

---

<sup>3</sup> Mundo flotante (en japonés, *ukiyo* 浮世): Nombre alegórico que se daba en el Japón feudal a la vida hedonista y disoluta propia de los barrios de placer. El término sirvió también para bautizar una de las corrientes pictóricas japonesas más famosas, el *ukiyo-e* ("imágenes del mundo flotante"): grabados que recreaban escenas cotidianas de estos barrios.

Aquel laberinto de corredores y recovecos estaba flanqueado por un sinfín de pequeñas estancias veladas por paneles deslizantes, todas ellas vacías en ese momento. Solo una permanecía iluminada y abierta de par en par.

Al asomarse a aquella sala, pudieron contemplar por fin el motivo que los había traído hasta allí: aparatoso en un espacio tan reducido, el cadáver yacía de costado y con las piernas desnudas. Un hombre de aspecto grave permanecía junto al cuerpo. Observaba el cadáver mientras se pellizcaba la barbilla con gesto ausente; vestía *hakama* y el casco que lo identificaban como oficial de justicia. No era la primera vez que Ekei se cruzaba con él: se trataba de Nagamasa Sogo, un investigador inflexible y obstinado, aunque no exento de cierta astucia.

Al fondo de la sala, encogida contra un rincón, una muchacha que no podía tener más de dieciocho años se envolvía el cuerpo con una colcha. Debía ser la prostituta que se encontraba con el desgraciado en el momento de morir.

—Le agradezco que haya atendido nuestra llamada, maese Inafune —lo saludó el oficial, que dirigió una segunda reverencia a la señora Tsukumo—. . Temo que podamos encontrarnos ante algún tipo de epidemia.

—¿Epidemia? —repitió Ekei, al tiempo que se arrodillaba junto al cuerpo—. Una conclusión un tanto

alarmista. Si no le importa, oficial, déjeme a mí los diagnósticos.

El médico apoyó los dedos bajo el mentón del finado y percibió de inmediato la aprensión de los samuráis. Tocar un cadáver con las manos era una desdicha, un gesto degradante reservado para los *eta*<sup>4</sup> y los bonzos, pero Ekei no conocía otra forma de tomar el pulso. En efecto, aquel hombre estaba muerto, aunque aún conservaba algo de calor. Todo hacía pensar que el corazón se le había detenido, acaso por el esfuerzo.

—¿Por qué habla de una epidemia, oficial Sogo? —preguntó la señora Tsukumo desde el umbral—. Este hombre no parece haber padecido enfermedad alguna, se diría que la muerte le sobrevino de forma súbita.

—Es el noveno al que encontramos de esta guisa en diez días, todos en el barrio del placer, como fulminados por una maldición. Sospechamos que las prostitutas están contagiando alguna enfermedad a sus clientes.

—¿Todos se encontraban fornicando en el momento de morir? —quiso saber Ekei.

—No, este es el primero que nos topamos con la verga al aire. A uno lo encontramos entre unos sacos

---

<sup>4</sup> *Eta*: La casta más baja en la antigua jerarquía social japonesa. Estaba formada por aquellos que trabajaban con carnes, pieles, cadáveres y otras ocupaciones «impuras».

de arroz, cerca del embarcadero; otros amanecieron en algún callejón, entre charcos de orín, como si se les hubiera atragantado el sake. El último apareció muerto en los baños de una hospedería... Pero todos en la misma zona. No hace falta ser médico para entender que una enfermedad se está propagando por los burdeles.

Ekei negó con la cabeza. Aquella explicación era una simpleza, las enfermedades no aparecen de repente para fulminar a quienes las padecen.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó, dirigiéndose a la prostituta que, atemorizada, aún se encogía contra la pared.

—Su nombre es Sayuri, maestro —respondió la encargada del negocio, como si la joven fuera incapaz de hablar por sí misma.

—Dime, Sayuri, ¿qué ha sucedido aquí? ¿Cómo murió este hombre?

La muchacha tragó saliva y respiró hondo unas cuantas veces, intentando encontrar el hilo de su propia voz:

—Estaba agitado cuando llegó —articuló al fin—. Al parecer había reñido con alguien fuera, pero la cosa no fue a más. Aunque no tenía buen aspecto cuando me lo enviaron... Se echaba la mano al costado. Le dije que no estaba en condiciones, que le devolvería su dinero, pero me dijo que había cruzado el río para follar y que no volvería hasta haberlo hecho.

—La chica se ciñó la colcha alrededor de los hombros, acentuando su indefensión—. Después de meterla... —Los sollozos le entrecortaban el aliento—. Comenzó a respirar raro. Empujó un par de veces y paró. Algunos hombres gruñen y jadean... Y yo pensaba que simplemente era de los que acaban pronto, pero cayó sobre mí y ya no se movió más. —No quiso reprimir más el llanto—. Tuvieron que venir a sacármelo de encima.

Ekei intercambió una mirada con el oficial de justicia, pero este parecía ajeno a cualquier tipo de compasión hacia la joven prostituta.

—A no ser que necesite algo más de ella, oficial Sogo, quizás alguien debiera acompañarla fuera. No es apropiado que permanezca aquí.

Sogo levantó la barbilla para indicar a la encargada que llevara fuera a la muchacha.

—Pero que nadie abandone el local —advirtió.

La mujer echó un último vistazo al cadáver, en sus ojos solo se leía el alivio de que, en esa ocasión, no había sido una de sus niñas la tocada por la desgracia. Después abrazó por los hombros a la joven y la condujo fuera. En la sala quedaron ambos médicos y el oficial de justicia.

—¿Qué opina, señora Tsukumo?

La anciana, que hasta ese momento no había abandonado su lugar junto a la entrada, se aproximó para arrodillarse junto al cuerpo.

—Nueve muertos en poco más de una semana, todos hombres y sin signos de violencia o enfermedad... —La mujer empujó el cadáver hasta que quedó tendido bocarriba—. Solo se me ocurre una explicación.

Tsukumo examinó los ojos del finado; a continuación, le abrió la boca y olió en el interior. Frunció el ceño, como si no estuviera satisfecha. Sin necesidad de ayuda, levantó la cabeza del difunto y se la apoyó en el regazo para poder desnudarlo por completo. Cuando toda la piel estuvo expuesta, comenzó a tantear meticulosamente tras las orejas, en la nuca, en el hueco entre las clavículas, bajo la axila...

—Aquí —dijo por fin—. Acérquese, maese Inafune —lo invitó, sin apartar el dedo de un punto en el costado izquierdo.

Ekei descolgó la linterna de la pared y la aproximó al lugar indicado por su asistente. A pesar de la precisa indicación de la anciana, tardó en ver la leve erupción enrojecida.

—Interesante —musitó el médico—. El orificio es tan pequeño que apenas ha llegado a sangrar. —Recorrió la herida con el dedo—. Penetró entre la segunda y la tercera costilla, muy cerca del corazón.

—¿Un orificio? —preguntó Sogo, desconcertado.

—Este hombre ha sido apuñalado —explicó el médico—, pero con un punzón tan fino que apenas ha dejado marca. La punta le atravesó el pulmón, de ahí los jadeos y el dolor en el costado, sin duda. Pero un arma tan aguda solo mataría a alguien si le alcanzara el corazón.

—Lo han envenenado —señaló Tsukumo, aproximando la nariz a la ínfima perforación—. Es la explicación más sencilla. Un veneno introducido tan cerca del corazón se extendería rápidamente por la sangre, su efecto sería más intenso e inmediato que ingerido o inoculado.

Mientras los médicos disertaban, el oficial Sogo sopesaba las implicaciones de que aquel hombre hubiera sido asesinado... De que aquellos nueve hombres hubieran sido asesinados.

—¿Están totalmente seguros de lo que dicen? ¿Hay alguna manera de demostrar que los nueve han muerto del mismo modo?

—Por ahora solo podemos aseverar que, al menos en este caso, alguien se ha tomado muchas molestias por ocultar el carácter violento de la muerte —respondió Ekei—. Hasta el punto de hacerse con un arma de excepcional factura, pues un punzón tan largo y agudo debería ser demasiado quebradizo para penetrar tan limpiamente entre las costillas.

La señora Tsukumo se incorporó y habló mientras se sacudía con calma las arrugas del kimono:

—Hay formas de saber con certeza si una persona ha sido envenenada, pero no cuando el cadáver es tan reciente. Si el oficial Sogo está conforme, me gustaría examinar los otros cuerpos.

FIN DE LA MUESTRA.